

Pandora



Hefesto, el dios cojo, el gran herrero, no sólo era el marido de Afrodita, diosa del amor, sino que creó a la primera mujer. La modeló con arcilla y agua. Le dio una apariencia semejante a las diosas del Olimpo. Una vez que hubo terminado le dio como alma una chispa de fuego. Sus ojos entonces se abrieron y brillaron, sus miembros se soltaron y su boca habló y rió. Se la llamó Pandora.

Su belleza atrajo a las inmortales. Atenea le regaló un cinturón y ropas finas. Las Gracias le pusieron collares de oro. La Horas la coronaron de flores; Afrodita, la diosa del amor y la seducción, derramó sobre su cabeza la gracia que encanta a los hombres. El propio Zeus le regaló una caja extraordinaria.



-Toma esta caja, Pandora- le dijo-. Pero no la abras nunca. Huirían lejos de ti los dones que encierra, y en su lugar llegarían los males.

Pandora al principio se contuvo. Pero un día, movida por la curiosidad, abrió la tapa de la caja. De inmediato se escaparon los bienes. Y llegaron las enfermedades, las penas, los trabajos, los odios, los homicidios, los celos, en fin, todos los vicios... Pandora, viendo lo que ocurría, tapó la caja. Sólo quedó atrapada adentro la esperanza, que es ciega. Y ella no nos abandona.



Colección *Cuento Contigo*, 2004, H. Beyer, A. Cussen, A. Fontaine y L. Fontaine
(Santiago: Centro de Estudios Públicos), v. 2